



DUQUE ARANGO
— GALERÍA —

J O S É H O R A C I O M A R T Í N E Z

Cartas de Argonauta

DUQUE ARANGO
— GALERÍA —

JOSÉ HORACIO MARTÍNEZ

DUQUE ARANGO

GALERÍA

www.galeriaduquearango.com
info@galeriaduquearango.com
Facebook: @galeriaduquearango
Instagram: @galeriaduquearango
+57 (4) 352 4065
+57 (310) 424 2412
Cra 37 # 10a - 34
Medellín, Colombia

Germán Duque P.
Director General

Sergio Arango
Sub-Director

Mauricio Duque
Asistente de Dirección

María Eugenia Vanegas
Directora de Proyectos

EL MUSEO
galería

Agradecimientos a la galería El Museo,
Luis Fernando Pradilla

Oscar Rolandán-Alzate
Textos

Erik Bongue
Choclo Valencia
Fotografía

WHY mktg
Diseño Gráfico

ISBN:

©Luis Germán Duque Patiño
Todos los derechos reservados, 2016
Impresión por Zetta Comunicadores S.A.
Fecha de impresión: Febrero 2017
Bogotá - Colombia

Portada
Paso del Tigre
Acrílico y tinta sobre lienzo
159,5 x 279 cm
2017



Cartas de Argonauta



*La tinta, roja.
Tierra sobre piedra
piedra sobre hueso.
Luego,
la vida roja, de nuevo, radiante.
El camino lo dibuja un paso, a la vez,
pasado*

El viaje continuó temprano, una tarde de la segunda parte del ciclo solar, justo cuando las nubes son de pájaros que llegan del mar y van a las montañas del territorio centro. Algunos juglares que narran la historia sostienen que fue en octubre. No es claro; igual, no importa ser precisos, pues ellos no nombraban al tiempo por meses, ni mucho menos tenían por qué saber que octubre fue el octavo mes romano. En cambio, acertaban el nombre de las aguas, de los árboles y de la gente que nadaba en las charcas y en los ríos, los que volaban alto, muy alto, y también muy cerca, justo frente a sus rostros, también el de los que caminaban en cuatro patas o se arrastraban entre la arboleda o sobre ella. Estos viajeros eran amigos del tiempo, de la luz de cada curso de vida y de siembra, de los ritmos que dibujaba el sol deambulando entre el cenit y el nadir y que duraban trescientas sesenta y tantas vueltas para comenzar de nuevo un juego, al punto de que estos tiempos habían sido claramente documentados en sofisticadas tablas de cálculo labradas sobre piedra. Ellos no habían visto nada y lo conocían todo.

Otros viajeros se sumaron a estos. Argonautas con sus meses y nombres a cuestas llegaron. Algunos, sin proponérselo, convirtieron la nueva tierra en su casa; otros, siguieron de largo y, unos más, regresaron con historias fascinantes de criaturas enormes que, al volar en bandada, ocultaban el cielo con sus sombras: Kuntur era su nombre para los originales.

Estos forasteros traían dibujos de otras aguas, instrumentos distintos, ojos distintos, sueños distintos. Algunos de estos, los más débiles, vestían caparazones brillantes y sombreros de lata que cargaban como penachos de cortejo, para verse y sentirse más grandes, más poderosos. Otros, los realmente fuertes, viajaron en la oscuridad, abajo, amarrados con grilletes a la picota, humillados, sometidos. Era otro viaje, en el mismo navío. Estos seres, que comenzaron su periplo mucho antes, desde otras tierras, en contra de su voluntad, al igual que los blancos de arriba, zarparon con sus dibujos y sus cartas; cosas distintas, cantos distintos, sabores distintos y, sobre todo, lunas y soles, astros distintos que guardaron muy adentro y que sorprendían cuando sus ojos inquirían y sus cuerpos respiraban. Sus dioses eran negros y reían con los tambores.

Antes de la historia, mucho antes de este encuentro de caminos, cada viaje comenzaba con cartas, pinturas previas. Manchas sobre la piedra pretendían adivinar la suerte del peregrino antes de emprender su travesía. Los territorios por explorar se dibujaban minuciosamente, buscando conjurar las fieras y demonios antes de encontrar la luz. La planeación y la adivinación no se habían dividido aún en dos formas de conocimiento ajenas, y entonces las posibilidades eran infinitas. Cada pintura era un mundo, la sumatoria un universo. Con solo un poco de pericia e imaginación se podía entrar en uno de esos mundos para salir de otro; y así, saltar entre ellos con la certeza de que algo de de adentro se quedaba para siempre en el viajero, que no volvía a ser el mismo después de traspasar y transitar ese cosmos. Este era un viaje antes del viaje que permitía imaginar la mejor manera de regresar o de arribar. Los primeros argonautas, además de pintores, fueron médicos, sacerdotes, poetas y geógrafos. Habían escrito todas las cartas contemplando y copiando los puntos celestes que hacen eco en las estelas del mar, y la bella y azarosa forma como se ubican los frutos caídos bajo el árbol.

Pero los viajes prosiguieron, igual que el tiempo continuo. Todos sabían del tiempo, y supieron desde siempre que no da tregua; y así, con esta verdad, quizá la única verdad, se inventaron los primeros juegos. Solo dos cosas son ciertas y han sido comunes a todos, sin importar dónde comenzó o dónde confiaba atracar un viaje: los frutos maduros siempre buscan el suelo al caer. Pero incluso sabiendo esto, algunos de los más experimentados viajeros retaron las leyes naturales y se inventaron caminos sorprendentes, veredas donde las cosas que caen buscan el cielo, o simplemente desaparecen para evadir el árido suelo; a esta capacidad fascinante de desdoblar la materia le llamaron poeisis, y sus memorias fueron, con el tiempo, conocidas como arte.

La ruta de la seda o el camino del Inca son testimonios de algunas proezas de esta naturaleza. Además, nombres como el de Homero, Maratón, Noé, Jesús de Nazaret, Benedicto, Atila el Huno, Buda Gautama, Marco Polo, Mansa Musa, Ricardo Corazón de León, Hieronymus Bosch, Leonardo, Américo Vespucio han estado ligados a rutas mágicas que otros han recorrido de alguna manera.

Pasados muchos siglos, se pensó que los viajeros habían inventado y conectado todos los caminos posibles, y que, inclusive, ya los habían conectados entre sí. Y se llegó a decir que todos ellos, sin excepción, conducían a Roma. Después, otros argonautas y caminantes aparecieron y emprendieron nuevas gestas, caminaron atravesando los caminos de otros, pisando huellas gastadas por el agua y el viento. Las pinturas siguieron vivas y no dejan de recrearse en un camino infinito que conecta las certezas con el misterio.

Oscar Roldán-Alzate
Medellín, Enero 2017







Maremoto de Ola en Ola

Acrílico y tinta sobre lienzo
182 X 305 cm
2017



La Orilla del Rio

Acrílico y tinta sobre lienzo
150 x 271 cm
2017





Paso del Tigre

Acrílico y tinta sobre lienzo
159,5 x 279 cm
2017

Medellín, 29 de febrero de 2016

Querido Horacio,

¿Por qué pintás?

¿Qué tiene la pintura que no parás de hurgar en ella?

No, no me digás... Dejame especular con una probable contestación a mi necia consulta: pintás porque no soportás el mundo como está y creés que llevando tus razones al lienzo, en algo cambiará lo que no ha podido la política de los hombres sordos y ciegos de esta tierra.

No, ¿cierto?

Bueno, pero, ¿por qué pintura?

No creés que podés cambiarlo de otra manera que no sea la manida grafía precaria que manejan los niños para ver su imagen mientras aparece la mancha en la pared, el piso o el papel; esa forma que es la infancia misma de la humanidad, la de los primeros hombres que, al parecer, sí lograron ver y oír un mundo nuevo, recién hecho por ellos mismos, con esa asombrosa manera de manchar para denotar y connotar el mundo a la vez que lo iban pisando, aprehendiéndolo con sus pies.

¿No creés que, a diferencia de los críos, esos hombres se reconocieron en el poder del gesto? ¿Pensás que para ellos el pintar era igual que visionar?

Se me antoja pensar que sus retinas grababan las escenas vividas como quien memoriza su rostro en el espejo para cargar consigo su reflejo y pensarse mientras se ve en el otro. Recuerda que nos contaron en la escuela que sus capacidades eran tales que lograban anteceder la faena con la representación de la muerte, del peligro que enfrentarían.

Pero vos, mirate, ¿qué peligros debés enfrentar?

Por cierto, ¿sabías que el espejo encarna la proyección de la muerte para el párvulo? La atención de sus ojos sobre sus ojos le permite verse finito, marchito, ausente apenas comenzando su camino en cuatro patas. Bueno, esto lo dice... mmm... no lo recuerdo. ¿O será que pinto, que invento como lo hacés vos?

No nos perdamos, volvamos, tratemos de poner sobre la mesa lo que te pregunto.

Cada vez me convengo más de que aquello de la muerte de la pintura es un capricho más de la mortaja, que de la muerte misma. Cuando veo tus pinturas no puedo evitar pensarlo así; eso me libera de argumentaciones insulsas, no me deja caer en reclamos escuetos y demostraciones que nada bueno traen a esa agobiante discusión de siempre.

¿Vos qué pensás, Horacio? Hablame... Contame sobre tu laberinto. Yo ya no sé qué es pintura y qué es espejo... Decime algo,

Oscar





Azul Profundo

Óleo sobre lienzo
176 x 214 cm
2017



La Bocana

Acrílico y tinta sobre lienzo
170 x 208 cm
2017





Esteros de Tumaco

Acrílico y tinta sobre lienzo
204 x 170 cm
2017

Cali, 8 de marzo de 2016

Oscar,
Queridísimo Oscar.

¡Me haces pensar tanto! No se por donde comenzar. Quizá lo mejor sea por recordar a Nietzsche cuando dice:
¿Es esto la vida?, le diré a la muerte.
¡Muy bien!, ¡Pues que vuelva a empezar!
¿Por qué pinto?, ¿por qué hurgo en la pintura?... mmm... El principio del eterno retorno, implícito en la frase que cito, creo, es la entrada a una posible respuesta.

Es sabido que la idea de la muerte ronda siempre al pintor, y no estoy seguro si eso es precisamente lo que me hace ser uno. Sabes que esta "parca" amiga no deja de acecharme, y yo no dejo de pretender doblegarla. Es justo en esta premura que anuncia el fin, tal vez, que no soporto el mundo como está. No sé si con esto respondo a tu inquietud. Igual, no me angustia tanto que me lo preguntes tú como el hecho de que me lo recalque ella.

Me he propuesto navegar por nuevos y diferentes territorios, liberarme de las rutas donde como hombre he caído preso, de los caminos ya descubiertos. He emprendido viajes, que siendo equipajes para el alma, nos sirven a los vivos en estado de muerte para recorrer caminos de eternidad. Ya lo decía Spinoza, " la esencia implica la existencia".

Cuando me hablas del espejo, me gusta pensar que allí comienza su recorrido [el viaje], que de una manera u otra, tratará de librarse de la idea de la ruta bien sabida, como principio, es de la misma forma en que el infante ve su rostro una y otra vez; infante humanidad empeñada en crear un mundo propio.

Oscar tu incitación me impulsa a perseguir la idea de la infancia!
Me inclino a pensar que la pintura ha sido y es esa forma que nos sigue permitiéndonos sobrevivir en estos momentos convulsos, como aquellos días que me haces imaginar: tiempos de invenciones, cuevas, pasos y huellas. Esa precariedad de la pintura como un acto primitivo que es vital para que el individuo pueda resistir [permanecer aquí] en momentos como estos, inexplicables, llenos de incertidumbre.

Pero, ¿por qué te parece que pintar era igual que visionar?, ¿pintar, sin pretenderlo, es igual que visionar?

Tal vez no es así como yo lo digo. Tal vez, son meras elucubraciones de un hombre que encuentra en el pintar algo parecido al pensar, algo que se hace para tratar de entender, de acercarse a eso que no comprende ni el mismo. Pero qué era lo que me preguntabas... ¿no te pasa cuando ves una pintura que te vas como cuando hablas?, ya, estamos en esto de hurgar...

La idea de hurgarlo todo, de desmenuzar el mundo con trazos sobre papeles, paredes o telas, para al final no poder entender nada, me exaspera.

Aunque a lo mejor el fin sea ese: un insulso sin fin en la pintura. Sin embargo no puedo desconocer que, tal como lo sugieres, el hecho de grabar las imágenes en mi retina para luego pintar, tratar de conjurar lo extraviado, la perfidia y la maldición, significa vencer a la muerte con su propia muerte. Ese, querido Oscar, es el tercer lado del espejo sin duda alguna, el globo ocular y su genialidad.

Mientras escribo, y pienso en la cita ineludible con la gélida Parca, no puedo retraerme y evitar pensar en la mortaja. Hemos hablado antes de ella y siempre me cuestiona esa relación que estableces entre el manto mortuario y la pintura. Creo que la pintura no debe permitir ni aceptar ciertas leyes que impone la mortaja, como la calma cataléptica del que espera la resurrección; al contrario, si me hablas de la mortaja como transferencia del soplo finito de la vida me congracia tu idea.

No podemos dejarnos arrastrar al ruido, a la fugacidad; en vez de esto, debemos poder entregarnos y no morir en el intento, amar infinitamente. De eso se trata la pintura, saber que los equívocos se convierten en ventanas, y que es menester nuestro ir más allá de lo que parece evidente.

¿Cómo resistir a esa muerte? Somos seres tan frágiles...

No podemos permitirnos desaparecer en vida, porque eso sí sería complejo, por no decirlo menos. Desaparecer, dejar de ser, renunciar, o dime ¿qué pensás vos? ¿Crees ahora que pintar es hacer el mundo?

A mí, por lo pronto, me parece ver la mortaja como el mantel que recoge las sobras de la cena de los Patricios a lo largo del tiempo de los pueblos; un trapo manchado con opulencias malogradas y migajas salpicadas por sus carcajadas burlescas, irresponsables.

¿Qué te parece esta pintura que te relato?
Así lo pienso querido amigo, trata de entenderme...

José Horacio





Saquianga

Acrílico y tinta sobre lienzo
90 x 120 cm
2017





San Cipriano Arriba

Acrílico y tinta sobre lienzo
80 x 120 cm
2017





El Chocho

Acrílico y tinta sobre lienzo
80 x 100 cm
2017





Lopez de Micay

Acrílico y tinta sobre lienzo
80 x 100 cm
2017



Noanamitogue

Acrílico y tinta sobre lienzo
80 x100 cm
2017





Guajui

Acrílico y tinta sobre lienzo
120 x 190 cm
2017

Medellín, 25 de marzo de 2016

José Horacio,

Querido amigo, disculpa que hasta ahora te responda. He leído con atento juicio y muchas veces tu carta del 12 de este mes. Mi demora en contestarte no tiene más razón que la meditación que me demanda cada línea, y creo que debo comenzar por tratar de aclararme escribiéndote sobre esto de la mortaja.

Horacio permíteme un esguince para llegar al punto:

¿Sabés por qué amo la pintura? La amo porque, junto con la literatura, es el medio que ha logrado registrar la condición humana sin desfases a través de los tiempos. Es increíble pensar que quien pretenda encontrar el origen del arte, irreductiblemente se encontrará con el de la escritura y viceversa; y las dos, sin excepción, nacieron como pintura. Esta es una de las razones por las cuales amo la pintura, como ya te lo dije antes, es una manera franca de pasear con los primeros hacedores de este mundo; eso que llaman algunos el aura del arte, que más parece el alma.

Horacio, cuando se encuentra un pintor, se puede tener la certeza de estar frente a un portador del testigo de esa carrera que terminará cuando el último de la especie libere el último suspiro. Vos que sos pintor sabés bien de que te hablo.

Ahora bien, pensar la pintura como ese envoltorio no es otra cosa que reconocer en ella las manchas mismas de la muerte. La representación de aquello que pese a todo sólo seguirá ahí, y de la misma forma que fue pintado, mientras lo representado dejará de existir tarde que temprano.

Solo conozco un caso de alguien [no pintor] que logró, por un tiempo debo aclarar, invertir la fórmula. Dorian Grey burló su muerte suplantando la mortaja. Era su retrato pintado el que envejecía, se podría, mientras él gozaba de buena salud en un carnaval sin límites. Claro, esto es literatura dirás. Bueno, no lo sé, itanto se ha dicho de tanta cosas!

José Horacio, ya lo tenemos medianamente claro, lo hemos discutido mucho. Tenemos la seguridad que la pintura no es de ahora, nos supera, y tengo la impresión de que además nació de la muerte, y que por tanto no puede morir, jamás lo hará. Aquí está precisamente lo que me hace quererla, el sentirme tan inferior a ella que no me queda más que ver cómo permanece mientras yo mismo desaparezco, mientras nosotros desaparecemos. Sin duda alguna, la pintura es una necia que va y vuelve entre libertinaje y esclavitud, es una insurrecta que no pide permiso para marcharse del redil donde están las cosas a las que llamamos arte.

No tengo cómo contar las veces que he borrado párrafos enteros en este ejercicio epistolar, aun así creo que me siento un poco más calmo después de este palimpsesto de palabras que aparecen y desaparecen, tal como recuerdo el grato ejercicio del pintar. Lástima que me he vuelto un descreído

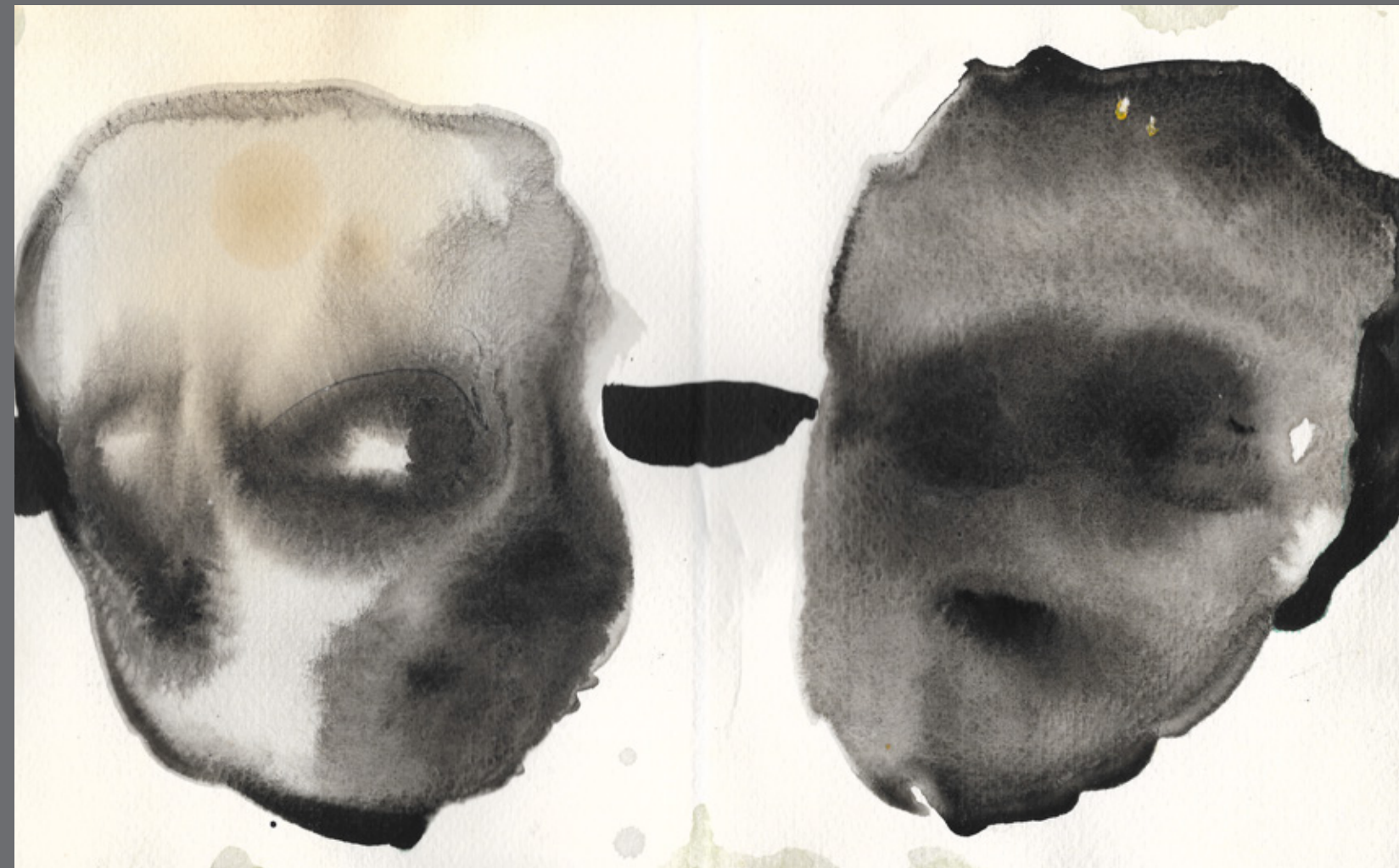
de mi propia pintura. Por eso agradezco inmensamente el poder caminar con vos: ver a través de lo que ves y tratar de volar por tus geografías, aunque no lo logre la misma pericia que vos.

Horacio, no quiero cerrar esta misiva sin tener la certeza de que pronto me respondás, pues sigo con una necesidad imperante de aclarar la idea que me has sembrado en la cien sobre la sublevación del color en tu pintura. Mirate, no tenés grandes problemas y te empecinás en adentrarte en el berenjenal del color Horacio, ese que le da fondo a tu laberinto. Recuerdo de nuestra última conversación, cuando estábamos tratando de llegar a algo sobre este tema, que me contaste de tus descubrimientos, eso de la insurrección de la pintura en la convicción que tenés del poder del color amerindio, el de esta tierra, el mismo del pueblo tuyo, del que venís vos, del que bebés y comés. Dale irecordemos eso!

Mientras espero, permíteme carcajearme con los Patricios; me encanta la pintura que dejaste en mi espejo.

Abrazos,

Oscar





Rio Timbiquí

Acrílico y tinta sobre lienzo
120 x 80 cm
2017



Ciervo Temeroso Bajo Calima

Acrílico y tinta sobre lienzo
120 x 80 cm
2017



Camino del Sabaletas

Acrílico y tinta sobre lienzo
120 x 80 cm
2017



Sin título - Cerca de Malpelo

Acrílico y tinta sobre lienzo
120 x 80 cm
2017

Cali, 13 de abril de 2016

Oscar:

Es tarde en la noche y recibo y de ti esta grata correspondencia que ilumina mi agotadora jornada pictórica, por llamarla de algún modo.

Al leerla me conmueve el poderoso afecto que te une a la pintura y al devenir simbólico que acompaña esto que no puedo describir a veces más que como un encantamiento de la razón o un refugio de la sinrazón. La pintura y su irreflexiva rebeldía, que se hace libre y hace libre al pintor que la ejerce con constancia y encuentra en ella una fuente inagotable de pasiones inextinguibles y luminosas apariciones, que no buscan otra cosa que resistir el embate poderoso de la inaprensible muerte.

Oscar, hoy he tomado mucho café, creo que no es sano, sabes no me está haciendo bien; pero, no prestes atención a mis afecciones, sigamos en la resistencia de la pintura insurrecta: ¡qué fascinación!

¿Recuerdas nuestro último encuentro? ¿Recuerdas la jaula dorada en el patio de tu hotel?, aquella que en vez de encerrar canarios guardaba pequeños dinosaurios de plástico. ¿Recuerdas que hiciste alusión, una vez te advertí de su presencia, al pasado de los pájaros, hablándome de la herencia que cargaban de las bestias jurásicas? Te contaba entonces de esta ciudad en la que vivo y en la que el color es una legado vibrante y poderoso que se emparenta con el matiz precolombino y cimarrón.

Tan absurdo como aquella jaula resulta nuestro imaginario vulgar. Sabés que es muy común la palabra “colorínche” para definir el uso popular del color en América hispana y se dice que se trata de una combinación extravagante de tonos. No es por nada distinto a una intención que confunde el color con sus orígenes “cultos”.

En nuestras ciudades el color dice mucho de quien lo lleva, de la apariencia que da a la arquitectura. Es ilógico que estar cargado de colores, que amar los colores, sea un estigma social. Por cierto, ¿has visto el documental de los millonarios Aymaras de El Alto en Bolivia? Las casas de estas familias más parecen casinos que lugares de habitación. Son tan ricos, tanto, tanto, que no quieren ni necesitan ir a París. ¡Qué graciosa me resulta esta imagen! Bueno, a eso me refiero. Al color estridente de quien no tiene miedo de vivir con el orgullo y el pundonor con el que lo hacen los animales de la selva, y hablo de los pájaros multicolores que conquistan con sus plumas, sus penachos. Ya no de los dinosaurios enjaulados.

Por ejemplo en nuestra querida Popayán, el color blanco es de algún modo el sinónimo de un racional y riguroso ejercicio de recogimiento y respeto, tanto que la llaman La Ciudad Blanca. Yo me pregunto si será mejor llamarla La Ciudad sin Color. Es bella pero triste, y más aún cuando en la noche sus calles mojadas rebotan tanta luz. Blanca, muy blanca.

De pronto si estuvieras aquí... a lo mejor me increparías aseverando que mi

insurrección es el color. Tal vez sí, pero no puedo olvidarme de las formas, de las transformaciones que los indígenas y los negros dieron al paisaje, a las circunstancias azarosas que les tocó vivir, buscando sacar ventaja de su agitado destino.

En mi cabeza aparece la imagen de los maravillosos frescos mayas. La mancha aparece como una forma no contorneada, es la línea que trata, que lucha para ajustarse y darle sentido a la vida, para configurar en sí misma el pensamiento del hombre.

Tal como la línea le da sentido a una mancha que aparece en un espacio, desde el principio de la humanidad, nos enfrentamos a la contingencia misma de la mirada, del mundo.

Querido amigo, he aquí mis presupuestos.

José Horacio





Ensenada 1
Acrílico y tinta sobre lienzo
174 x 116 cm
2016



Ensenada 2

Acrílico y tinta sobre lienzo
174 x 122 cm
2016



Biografía

José Horacio Martínez nació en Buga, Valle del Cauca en 1961.

Estudia Publicidad y comercialización en la Universidad Central de Bogotá. Es allí en donde participa de sus primeras experiencias teatrales y da rienda suelta a su pasión por la fotografía análoga, la ilustración publicitaria y la comunicación. La filosofía y la literatura, junto al dibujo, se convierten en uno de los focos de interés que lo llevan a profundizar en la historia del arte y son claves en su decisión de estudiar artes plásticas. Con evidente interés por la imagen desde múltiples acercamientos, José Horacio Martínez nutre su imaginario a la vez que realiza escritos y disciplinadamente lleva un diario de dibujos y notas, que se convierte en una poderosa guía para comprender el paso del tiempo personal y la relación con el tiempo de lo público.

En Cali, durante la década del 80, inicia la carrera de Artes Plásticas en la reputada Escuela de Bellas Artes de Cali, en donde obtiene su título de Maestro en Artes Plásticas con énfasis en escultura contemporánea. En el año 1988 participa en la convocatoria de la Galería La Ventana, por entonces la galería de arte contemporáneo más importante que había surgido en Cali. Su propuesta empieza a precisar los focos de su interés: la pintura y las relaciones simbólicas que se establecen entre la historia y la representación.

Desde que comienza a pintar, Martínez concibe la pintura como un territorio susceptible a permanentes reinenciones; una pintura expandida que propicia sus acercamientos a lo inaprensible, pues para él pintar es ir en busca de un encuentro, algo que no podría lograr por otros medios. Le interesa que la pintura funcione como una línea móvil de tiempo, un lugar de aprendizaje sujeto a transmutaciones y abierto a aquellos que deseen entrar. Indeterminada y fallida, como su condición de ser humano y artista, la pintura le ha permitido hacer convivir en ella, todo lo que cree saber y lo que supone.

Para Martínez es imposible pensar en una pintura que hoy en día no esté ligada a la fotografía o al video digital, a la infografía o a la interacción en red, o incluso en una pintura que no coexista con medios como las instalaciones o la escultura. Así el acto de pintar sigue siendo inherente a aquél encuentro trágico con los materiales que se integran sobre la superficie y, cargados de fuerza por sí mismos, cubren uno a

uno los elementos presentes sobre ella, dejándolos allí en lo indeterminado, distrayendo la atención hacia otros puntos en donde también está aquello que “hay después”, aquello que hay que entender. Distinto al registro fotográfico, la pintura le ha permitido entablar otro tipo de relación con la memoria y el tiempo.

En su trabajo existe un interés por la reflexión ética y política que se insinúa en los elementos iconográficos e iconológicos a los que se hace referencia. Lo evidente y lo literal dan paso a lo esencial, simbólico y a lo significativo. La precisión de sus trazos y el contorno definido de algunas de las figuras entran en crisis con lo indeterminado de sus espacios, con la desfiguración producida por el azar, por la síntesis gráfica o el acto de borrar y esconder algunos elementos.

Actualmente, José Horacio Martínez vive y trabaja en Cali, Colombia. Ha participado en numerosas exposiciones individuales y colectivas en Centroamérica, Norteamérica, Europa y Asia. Es maestro universitario en la facultad de artes de la Escuela De Bellas Artes de Cali, y forma parte del grupo de artistas de Las Nieves en Bogotá. Su obra se encuentra en importantes colecciones públicas en las Américas como la del BID - Banco Interamericano de Desarrollo en Washington, la del Museo de Arte Moderno La Tertulia en Cali, y la del Museo Nacional de Colombia y la Biblioteca Luis Ángel Arango en Bogotá.

Entre sus distinciones más importantes están la Mención de honor del XXXIII Salón Nacional de Artistas (1990), Primer Premio de los Salones Regionales Zona 5 (1992) . En 1994 obtuvo el Primer Premio en el XXXV Salón Nacional de Artistas de Colombia. En 1998 en Cartagena de Indias, un importante jurado, integrado entre otros por Beatriz González, Raquel Tíbol y Bélgica Rodríguez, lo distingue con el premio a la “pintura de los años 90”, otorgado por el BID - Banco Interamericano de Desarrollo y el Ministerio de Cultura de Colombia.

Fue jurado de selección y premiación de los Salones Regionales IX, X y XI, entre el 2000 y el 2002. En 2003 fundó Espacio Temporal, un proyecto destinado a la recepción de prácticas artísticas contemporáneas con emisiones intermitentes, que luego se extendió internacionalmente. En el 2009 fue parte del comité curatorial del 41 Salón Nacional de Artistas “Urgente” realizado en Cali.

Participa en el 43 SNA en Medellín por invitación del curador Oscar Roldán Alzate y en el 2015 participa en la exposición “La Vorágine” en la galería OMR de México D.F con curaduría de Oscar Roldán- Alzate quien también fue curador de su más reciente exposición individual en el Museo La Tertulia: “Tratado sobre la insurrección de la pintura, o el tercer lado del espejo”, (2016). En este 2017 la Galería Duque Arango se complace en presentar la exposición Individual “Cartas de Argonauta” la primera exposición individual que José Horacio Martínez realiza en Medellín.





Impreso en los talleres litográficos de
Zetta Comunicaciones S.A.S. en Febrero de 2017
en Bogotá, Colombia.

  @galeriaduquearango
www.galeriaduquearango.com

Oscar Roldán-Alzate

Maestro en artes plásticas, politólogo de la Universidad de Antioquia y fue curador en jefe del Museo de Arte Moderno de Medellín.

Dentro de sus proyectos curatoriales más recientes se destacan: Sociales. Débora Arango llega hoy..., que ha itinerado en el Museo Nacional (Bogotá, 2012), el Museum of Latin American Art (Los Ángeles, 2013) y el Mint Museum (Charlotte, 2013); Bienes Mostrencos, exposición individual del artista Carlos Garaicoa en el Museo de Arte Moderno de Medellín (2010), y Medellín, transformación de una ciudad, investigación que se presentó a través de una exposición y un libro, lanzada en la Asamblea del Banco Interamericano de Desarrollo – BID. Exposición individual de Jose Horacio Martinez, tratado sobre la insurrección, en el Museo Arte Moderno La Tertulia – Cali / 2016

Como politólogo mantiene una actividad de análisis e investigación que presenta articuladamente con el interés por la historia y la teoría del arte. Es docente de la Universidad de Antioquia desde el 2003 y actualmente se desempeña como Director de Extensión Cultural de la misma Universidad.

DUQUE ARANGO
GALERÍA



Carrera 37 #10a-34 El Poblado • Medellín, Colombia
www.galeríaduquearango.com